

11. Jesucristo a la derecha del Padre

Durante el juicio ante el Sanedrín y el sumo sacerdote, la confesión de ser el Hijo sentado a la derecha del Padre es la que provocará la condena definitiva de Jesús.

“El sumo sacerdote le dijo: –¡En el nombre del Dios vivo te ordeno que digas la verdad! ¡Dinos si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios! Jesús le contestó: –Tú lo has dicho. Pero yo os digo también que en adelante veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del Todopoderoso y viniendo en las nubes del cielo–. Entonces el sumo sacerdote se rasgó las ropas en señal de indignación y dijo: –¡Las palabras de este hombre son una ofensa contra Dios! ¿Qué necesidad tenemos de más testigos? Ya habéis oído sus palabras ofensivas. ¿Qué os parece?– Ellos contestaron: –Es culpable y debe morir–. Entonces le escupieron en la cara y le golpearon. Otros le daban de bofetadas.” (Mt 26,63-67)

Jesús une en este pasaje la profecía de Daniel sobre el Hijo del Hombre y el primer versículo del salmo 109. Lo hace para afirmar que Él es realmente el Cristo, el Hijo de Dios, que el Mesías es el Hijo de Dios enviado por el Padre. Con la resurrección y la ascensión al Cielo, Jesús se encontrará para siempre a la derecha del Padre, y desde allí viene y vendrá para salvar y juzgar al mundo al final de los tiempos.

La expresión "sentado a la derecha del Todopoderoso" combina la idea de predilección y la de protección que la Biblia atribuye a la idea de "derecha". Sentarse a la derecha es el lugar de preferencia, de la comunión de amor, pero cuando se sienta a la derecha del Todopoderoso, la posición afectiva se combina con la certeza de estar defendido, protegido, apoyado, contra todo enemigo y todo peligro, y luego con la fe de que Dios está "a mi derecha, nada me hará caer" (Salmo 15,8).

Desde entonces, el Nuevo Testamento y la Iglesia tomarán la imagen de Jesús "sentado a la derecha del Padre" para describir la posición del Señor Resucitado después de la Ascensión al Cielo. También la incluye la Liturgia en el Credo, en la Gloria y el *Te Deum*. Tanto es así que participar de su resurrección significa para nosotros participar en este "lugar" que Jesús ha ido a preparar en la casa del Padre, para que allí donde está Él podamos también estar nosotros (cfr. Jn 14,2-3).

El Evangelio de Marcos, termina con estas palabras: “Después de hablarles, el Señor Jesús fue elevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios. Los discípulos fueron a todas partes a anunciar el mensaje, y el Señor los ayudaba, y confirmaba el mensaje acompañándolo con señales milagrosas” (Mc 16,19-20).

Jesús, a la derecha del Padre, se convierte inmediatamente para los apóstoles y para toda la Iglesia en el punto de partida, en la fuente de toda la misión, de toda la evangelización de palabra y de obra. Es como si su propagación en todo el mundo partiera siempre y sólo desde allí; aún más: es como si el Señor dilatara su posición a la derecha del Padre al mismo tiempo que la propagación de la Iglesia. Jesús está sentado a la derecha del Padre y, precisamente por esto, acompaña a los discípulos y actúa junto a ellos.

Esta conciencia se expresa y anuncia inmediatamente por San Pedro desde su primer discurso, después de Pentecostés, gracias al cual se convirtieron seguidamente tres mil personas (cfr. Hch 2,14-41). En este discurso, Pedro menciona tanto el salmo 15 (cfr. Hch 2,25-28) como el 109 (cfr. Hch 2,34). Lo hace para anunciar la resurrección de Cristo, pero también para explicar el acontecimiento de Pentecostés. Pedro sintetiza todo esto cuando dice: "Pues bien, Dios ha resucitado a ese mismo Jesús, y de ello somos todos nosotros testigos. Enaltecido y puesto por Dios a su mano derecha, recibió del Padre el Espíritu Santo prometido, el cual, a su vez, ha derramado esto que vosotros ahora veis y oís" (Hch 2,32-33).

La primerísima predicación de Pedro anuncia que la resurrección ha colocado a Cristo a la derecha del Padre y, desde allí, y por esto mismo, envía el Espíritu Santo. Jesús, a la derecha del Padre, recibe de Él el Espíritu Santo. Sentarse a la derecha del Padre es el lugar donde el Hijo recibe eternamente al Espíritu Santo como predilección, como amor eterno y absoluto entre el Padre y el Hijo. Gracias al misterio pascual, compartimos esta predilección trinitaria por el don del Espíritu, a través de Pentecostés.

San Pedro reanuda la misma idea dando testimonio con valor ante el Sanedrín: "El Dios de nuestros antepasados resucitó a Jesús, el mismo a quien vosotros matasteis colgándolo de una cruz. Dios lo ha levantado a su derecha y le ha hecho Guía y Salvador, para que la nación de Israel se convierta a Dios y reciba el perdón de sus pecados. De esto somos testigos nosotros, y también lo es el Espíritu Santo, que Dios ha dado a quienes le obedecen" (Hch 5,30-32).

Aquí, la instauración de Jesús a la derecha del Padre coincide con su ser "Cabeza y Salvador", para obtener la conversión de Israel y poder perdonar los pecados del pueblo. Siempre encontramos la unión de la idea de poder (Cristo Cabeza) y de amor (Cristo Salvador) vinculada a la imagen de la derecha. El Espíritu Santo es dado para dar testimonio de esto a través de los discípulos, a través de la Iglesia.

La conciencia de la gloria de Cristo en su instauración a la derecha del Padre, pero al mismo tiempo siempre con nosotros, se encuentra reiteradamente en las cartas de san Pablo, de san Pedro y en la Carta a los Hebreos. Recurramos brevemente a estos pasajes para profundizar nuestro conocimiento de este misterio.

En la carta a los Romanos, en la que Pablo habla del amor de Cristo del que nada ni nadie nos puede separar, escribe: "¿Quién podrá condenarnos? Cristo Jesús, que murió; más aún, que resucitó, y además está a la derecha de Dios intercediendo por nosotros. ¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo?" (Rom 8,34-35a). La conciencia de Pablo es que en la instauración de Jesús a la derecha del Padre, culmina todo el misterio pascual, la muerte y la resurrección de Cristo. Culmina y se perpetúa eternamente "el ser para nosotros" del Hijo junto al Padre. De hecho, Jesús vive para nosotros la instauración a la derecha del Padre, la vive intercediendo por nosotros. En esto se resume el amor de Cristo, que nos libera del temor a cualquier tribulación, hostilidad o condena por nuestro pecado (cfr. Rom 8,35). Jesús, a la derecha del Padre, nos asegura el amor de Dios en cualquier circunstancia de la vida.